

## POSTSCRIPTUM

### PENSAR EL CUERPO, POLITIZAR EL GÉNERO

MABEL MORAÑA

*Washington University, St. Louis*

Hace ya más de treinta años, Elaine Showalter se refirió a la estrategia por la cual la crítica, al estudiar en grupo la obra producida por mujeres, asume el dato del género como un rasgo definitorio, capaz de conferir continuidad y coherencia a textos disímiles en cuanto a su temática y orientación estético-ideológica. Según Showalter:

Las escritoras no deberían ser estudiadas como un grupo diferenciado sobre la base de que escriben de modo parecido, o aún de que despliegan similitudes estilísticas claramente femeninas. Sin embargo, las mujeres tienen una historia especial, susceptible de análisis, la cual incluye consideraciones tan complejas como la economía de su relación con el mercado literario, los efectos de los cambios sociales y políticos sobre su condición de individuos, y las implicancias de los estereotipos existentes sobre la mujer escritora y las restricciones de su autonomía artística (citado en Moi 1985: 50; mi traducción).

La observación apunta a dos preocupaciones fundamentales. La primera se vincula a los peligros que conlleva la acotación genérica que, al convertir en *absoluto* uno de los elementos que confluyen en el complejo proceso creativo, relega ciertas formas de producción simbólica a un espacio separado y autosuficiente dentro del campo cultural. En segundo lugar, la cita de Showalter sugiere también que a pesar de los riesgos de reductivismo y totalización asociados con el procedimiento mencionado, la especificidad de las condiciones materiales de producción cultural —que influyen decisivamente sobre las mujeres en su calidad de sujetos productores y en las formas de (auto) representación que éstas adoptan— no puede soslayarse en el proceso interpretativo.

A pesar de los cambios que se han registrado en las últimas décadas tanto a nivel disciplinario como ideológico, el debate crítico en torno a estos problemas continúa. En gran medida, la relación entre “crítica feminista” y “ginocrítica”, que Showalter planteara en los años setenta, sigue marcando

el mapa de los estudios de género. Sin embargo, es necesario también reconocer que paralelamente a esas continuidades, la crítica ha diversificado sus agendas y metodologías para alcanzar nuevas dimensiones de la relación sexualidad/sociedad/representación, que se encuentra en la base de este campo de estudio, y para hacerse cargo de los cambios que se registran a nivel de las prácticas sociales vinculadas a la sexualidad, al erotismo, y al *performance* del género. Muchos de los binarismos deconstruidos por la crítica feminista desde la segunda mitad del siglo XX se encuentran ya, en gran medida, superados. Otras fronteras se abren al estudio de las políticas sexuales en el intento por problematizar posiciones de sujeto que desafían la polarización tradicional *dominación masculina/subordinación femenina* y los campos semánticos que a ésta se asocian. Se trata de analizar, más bien, las líneas de fuerza que se mueven en el interior mismo de esas construcciones ideológico-discursivas, para evitar así esencialismos, homogeneizaciones y enfoques maniqueos que simplifican en exceso el conocimiento de las interacciones sociales. Todas estas transformaciones y aperturas no soslayan el hecho de que, a veces bajo otras apariencias, la opresión de género, en sus formas más arcaicas y recalcitrantes, está lejos de haber sido erradicada de los dominios domésticos y públicos, en distintos contextos culturales.

Por esta razón, la relación de la mujer-escritora con la institucionalidad cultural y su cambiante ubicación dentro de los imaginarios colectivos continúa siendo objeto de exploración y análisis. Pero, como se ha dicho, los contextos teóricos varían. Desde las últimas décadas del siglo XX, nuevas orientaciones vinculadas a los estudios sobre modernidad/postmodernidad, teoría poscolonial y globalización ayudan a repensar a nueva luz aspectos directamente vinculados a la producción literaria, particularmente a la que realizan sectores específicos —como el de las mujeres— en sociedades periféricas. Problemas relacionados con el surgimiento y transformación de subjetividades colectivas y con la articulación de éstas ya sea a la tradición estético-humanística o a nuevas formas de conocimiento y representación, no pueden ser abordados al margen de las transformaciones que se constatan en el nivel de las comunicaciones, o dejando de lado la modificación de los espacios urbanos, los procesos de migración, la mundialización económico-financiera y el surgimiento de formas nuevas de movilización social que evaden los canales tradicionales de mediación política. No puede desconocerse, asimismo, la crisis de legitimación que atraviesan las humanidades, ni la des-centralización del discurso letrado como espacio consagrado y autolegitimado de poder representacional. Los nuevos escenarios de acción social y cultural activan sujetos y agendas que ya no se definen, necesariamente, a partir de los protocolos político-ideológicos de la modernidad, sino

que apuntan a un horizonte fragmentado y vertiginoso que es necesario rearticular de cara al desafío de los nuevos tiempos. En un mundo atravesado por los dictámenes variables del mercado, las diásporas constantes, las redefiniciones identitarias y la mutación de los espacios de interacción social (cultura nacional, familia, educación, mercado), las subjetividades se convierten en espacios de lucha y de negociación permanente.

Constituyendo parte integral de estos cambiantes panoramas, la literatura escrita por mujeres continúa desafiando a la crítica y a la teoría literaria y cultural a distintos niveles. Por un lado, constituye una mirada *otra* sobre los escenarios nacionales y transnacionales de América Latina, con la capacidad de des(en)cubrir, por su misma localización oblicua y des-centrada, procesos subterráneos que afectan a la articulación de espacios públicos y privados, políticos e ideológicos, afectivos y éticos. Por otro lado, activa una posicionalidad generalmente resistente y beligerante con respecto a tradiciones, políticas culturales, discursos oficiales, compartimentaciones disciplinarias, etc. que aún proponen la universalidad de valores y la organización patriarcal, jerárquica y centralizada, como requisitos indispensables para la creación de consenso, el avance de una modernidad globalizada y la conquista del orden social. Finalmente, la literatura de mujeres expone procesos de subjetivación en los que los niveles de *experiencia*, *afectividad*, *intelección*, *memoria*, impactados por una historia de marginación y de relegamiento social, intersectan a los discursos dominantes, interrumpiendo su direccionalidad y desestabilizando su hegemonía.<sup>1</sup>

Es bien sabido que no toda literatura escrita por mujeres es obligatoriamente "femenina" ni necesariamente feminista, de la misma manera que —al menos a mi juicio— no todo feminismo es necesariamente progresista y revolucionario, sobre todo cuando no se articula a programas mayores de cambio político y social y a modificaciones profundas en la tecnologías de construcción del yo y de (auto) reconocimiento social. Sin embargo, en cualquier caso, el estudio de las formas de simbolización y representación que emergen de sujetos marcados por la experiencia de la marginalidad de género, la subordinación doméstica, el retaceo de la visibilidad pública, la estereotipificación cultural, la desventaja profesional, etc., me parece productivo e inaplazable, como parte de un proceso más vasto de emancipación social y expansión epistémica.

---

<sup>1</sup> Sobre la precariedad de las identidades de género y sobre las controversias existentes en torno a las relaciones entre género, raza y clase en América Latina ver, por ejemplo, los estudios incluidos en Elizabeth Dore 1997.

Aceptando los riesgos que acompañan a este tipo de proyectos, este libro ha optado por recorrer la ruta abierta por la producción de escritoras latinoamericanas y por la crítica que las mujeres vienen elaborando sobre esa literatura desde distintos espacios académicos. Al estudio de la escritura de mujeres se ha sumado también el análisis de experiencias y prácticas sociales que han contribuido a moldear las relaciones sociales y los imaginarios de género en América Latina a través de los siglos. En los trabajos que aquí se ofrecen al lector, nos ha interesado sobre todo observar la superposición de la perspectiva crítica de mujeres sobre la producción de escritoras o que elaboran universos ficticios ya de alguna manera consagrados como parte del contra-canon literario latinoamericano, o sobre prácticas concretas –políticas, sociales– que han marcado la historia cultural latinoamericana. Esta confluencia crítico-creativa entrega una mirada comprometida y múltiple sobre la percepción que la mujer latinoamericana tiene de lo social y sobre las formas que asume su apropiación simbólica.

En la producción de las escritoras aquí analizadas –o en los personajes femeninos que forman parte del corpus literario estudiado en este libro– se combinan, en distintos grados y medidas, posiciones de marginalidad y subalternización: no sólo las ocupadas por la mujer –intelectual o no– en sociedades dependientes, sino también las que corresponden a América Latina como espacio periférico de producción, diseminación y consumo cultural. Sujetos productores, personajes representados y espacios de producción cultural registran a la vez, entonces, las marcas significativas del des-centramiento, la exclusión y la alternatividad.

Los estudios aquí reunidos analizan prácticas culturales y textos literarios narrativos o poéticos, en los que las dinámicas genéricas se combinan con abordajes múltiples a la historia cultural y política de América Latina. Ha sido interesante notar cómo a pesar de la heterogeneidad de temas y de enfoques crítico-teóricos, los artículos que componen este libro convergen en torno a varios ejes:

### **1. Bases para una teoría del cuerpo (político)**

En distintos contextos culturales, dentro del amplio campo de problemas que vinculan los niveles de **formación de identidades y políticas de género**, los estudios aquí reunidos analizan el impacto social de los discursos oficiales, que distribuyen entre *virilidad* y *feminidad* las alternativas posibles de la subjetividad colectiva. Tratando de superar ese dualismo, la crítica actual se ha enfocado más bien en los intercambios y transformaciones de esos campos semánticos, y en las prácticas sociales que desestabilizan tal

polarización. En las últimas décadas, los estudios sobre homoerotismo, transexualidad y travestismo, así como los que se enfocan en los cambios que registran los conceptos de masculinidad y feminidad a través de las épocas han contribuido a relativizar esas nociones y a afirmar, en su lugar, la importancia de aproximaciones contingentes e historizadas que impiden perpetuar el resabio ontológico de esas dicotomías. Desde el *no ser sino llegar a ser mujer* de Simone de Beauvoir hasta el *performance del género* de Judith Butler, atravesando una larguísima serie de teorías y debates acerca de la construcción de subjetividad y sus relaciones con el poder, se ha entendido que los roles atribuidos a hombres y mujeres (y la oposición entre ambos) constituyen formas de control y de autoritarismo social que refuerzan privilegios de clase, raza y género entronizados en la cultura occidental desde hace siglos. Al menos en algunas de las tendencias que se registran en la crítica más actual, la comprensión de la cuestión del género ha derivado hacia una *teoría del cuerpo (político)* que ha permitido vincular desde nuevas perspectivas los procesos identitarios de la mujer y sus procesos representacionales a las interacciones que componen la sociedad total. Así, se analizan prioritariamente las conexiones entre la corporalidad femenina como lugar simbólico de la alteridad y como espacio de representación alegórica, y el cuerpo de la nación, como asiento territorial desde el que se gesta y administra el sujeto moderno.

Refiriéndose al lenguaje masculino de la fraternidad y la ciudadanía, Mary Louise Pratt ya observaba en un artículo de 1990 la cualidad androcéntrica de los discursos que definen el nacionalismo moderno. Los rasgos principales de la nación descrita por Benedict Anderson (el ser *limitada, soberana y fraternal*) encarnan metonímicamente en la figura del ciudadano-soldado, que representa el ideal heroico a partir del cual se imagina a la nación-Estado como un espacio masculino excluyente. La posición de la mujer es definida y legislada desde el comienzo de la vida republicana como precaria, inestable, dependiente. Los cuerpos de las mujeres, incluidas en la construcción retórica de lo nacional como madres de la patria dan lugar, según Pratt, a muchas formas de intervención, penetración y apropiación, a manos de la "fraternidad horizontal" de los ciudadanos (1990: 51). El *contrato social* preconizado por el pensamiento ilustrado se refuerza en el *contrato sexual* que organiza la vida nacional desde los atributos dominantes de la hermandad viril<sup>2</sup>. Así, el *status quo* se consolida a partir del binarismo de

---

<sup>2</sup> "La postmodernidad denuncia que los contractualismos del liberalismo clásico originan un sujeto político ahistórico y masculino que garantiza con su libre consentimiento

géneros y de la heterosexualidad compulsiva. Desde la perspectiva patriarcal, sujeto y varón –humanidad y masculinidad– son considerados sinónimos, equivalencia que se vuelve esencial en la organización del orden social y en la monopolización del saber y el poder occidentales desde la época colonial hasta nuestros días. Los procesos de subjetivación regidos por el principio del poder masculino son así parte orgánica de la racionalidad política y del concepto moderno de gobernabilidad.

Varios de los estudios incluidos en este libro abundan sobre la relación **nación/sujeto**, y sobre el modo en que, a partir del género, las nociones de *identidad social y diferencia*, manipuladas desde arriba (desde las instituciones del Estado, desde la educación, la ley, la ciencia, etc.) se construyen como parte del repertorio canónico de la modernidad.

Para Cristina Iglesia, en el siglo XIX, la escritura travestida y multivocal del fraile Francisco de Paula Castañeda representa una articulación *otra* dentro del incipiente mercado cultural de la Argentina de los años 20. Al remedar voces femeninas desde la plataforma periodística, la escritura del franciscano redefine los límites entre espacio público y privado, político/doméstico, masculino/femenino, crítica/ficción. Así, su escritura travestida subvierte los componentes de *lo social* antes de que la sociedad los domestique y encauce dentro de los compartimientos estancos de la modernidad nacionalista.

Margo Glantz, a su vez, reflexiona sobre las representaciones del cuerpo sexuado en el México post-revolucionario, donde la ficcionalización de Pancho Villa realizada por Nellie Campobello entrega una interpretación alternativa del nacionalismo viril, nutriendo la historia nacional con elementos que sólo una visión *desde afuera* de los espacios hegemónicos (políticos, de género) podía incorporar.

El mito de la virilidad se filtra también, como analiza Diana Sorensen, en la construcción misma del *boom*, “movimiento parricida y adánico”, que destruye y reinventa los orígenes desde la primacía de una masculinidad escrituraria volcada hacia el espacio de lo público, lo político, lo canónico. En sus márgenes, el “*boom doméstico*” expone otras aristas de esa “hermandad falocrática”, de sus *habitus* y su *modus operandi*.

Para el caso argentino, Mónica Szurmuck analiza también el modo en que la ficción explora los espacios de identidad/alteridad en la obra de

---

to ser gobernado, y de ese modo se instaura la legitimidad del Contrato Social que reduce a las mujeres según el Contrato Sexual, en palabras de Carol Pateman, al espacio doméstico...” (Femenías 2000: 67). Para otra aplicación del concepto de Pateman a la relación entre contrato social y contrato sexual, ver Pratt (2002).

Alberto Gerchunoff, que descompone el mito de la homogeneidad nacional proponiendo en su lugar escenarios hibridizados donde género y raza se combinan redefiniendo el concepto y la práctica de la ciudadanía. En todos estos casos el espacio hegemónico de la masculinidad, asociado al poder político, económico y cultural, se encuentra desafiado por interacciones que rebasan sus límites y sus principios de legitimación. *Lo social* se manifiesta como mucho más fluido, cambiante y dinámico que los moldes creados para impulsar la utopía de la unificación y la homogeneización cultural, y para perpetuar las estructuras de dominación que nacen con la nación moderna.

Pero el cuerpo político no existe en abstracción sino apoyado en los cuerpos reales que se someten al disciplinamiento de las rutinas y conductas sociales. La cotidianidad tiene un cariz *orgánico* no sólo por los modelos normativos y la distribución de roles que organizan la esfera pública y la privada, sino porque las bio-políticas que la atraviesan impactan prioritariamente el cuerpo individual como asiento primero de la productividad y la reproducción. El estudio de Adriana Bergero sobre Carolina Muzilli analiza, a partir de los *cuerpos del trabajo* (leyes laborales, apartamiento de la mujer del modelo identitario maternalista) nuevos paradigmas de *lo femenino* que se asocian al valor *excedente* de la modernidad y a la refuncionalización del papel del intelectual en Argentina a comienzos del siglo xx. Advierte, entonces, el desarrollo y representación del *cuerpo grotesco de la ciudad* como “supremacía de lo material: como desorden hiperbólico y abierto” donde la explotación y el cambio vertiginoso de estructuras sociales desgarran lo privado dando lugar al surgimiento de nuevas formas de sensibilidad.

Cuerpo nacional (social, colectivo) y cuerpo femenino (individual, pero también simbólico) se asocian, así, tanto en el nivel de la materialidad político-económica como en el alegórico. No por casualidad varios estudios en este libro aluden al *cuerpo abyecto*, como representación de marginalidad, hibridación y límite. Nora Domínguez, por ejemplo, explora el rostro de la madre –la deleuziana “máquina de rostridad” en su funcionamiento genérico– como frontera del conocimiento y desafío a la representación. ¿Cómo narrar la catástrofe colectiva e individual? ¿Cómo contar la pérdida? La novela de Jorge Barón Biza funciona como pre-texto para el planteamiento de un drama social que se concentra en el rostro desfigurado de la madre para hablar de otras cosas, movilizar otros sujetos, plantear otras agendas, todos ellos vinculados a la noción de lo irrepresentable, a la problemática relación entre realidad y lenguaje, cuerpo humano y cuerpo político, patria y mujer.

También en relación con la Argentina, los trabajos de Alicia Ortega y Susana Rosano analizan las alternativas que rodearon las sucesivas apropia-

ciones de que fue objeto el cuerpo real y simbólico, santificado y escatológico de Eva Perón, explorando su proyección aurática y afantasmada sobre los imaginarios nacionales, y sus sucesivas recuperaciones como lugar del deseo, de la utopía y de la muerte en los imaginarios nacionales. Ortega resume en una cita de *Santa Evita* el compendio de significaciones, el exceso y la fascinación provocados por el cuerpo femenino y político de Eva: “Evita es el regreso a la horda, es el instinto antropófago de la especie, es la bestia iletrada que irrumpe, ciega, en la cristalería de la belleza”. El poder del Estado se subvierte y reencarna como sensualidad instintiva; el cuerpo político sucumbe y se alimenta del cuerpo real, que a su vez se entrega, en una especie de rito sacrificial, al hambre colectiva de una nación que canibaliza a la mujer pública. El aura de Eva se nutre de los mitos y ritos de la modernidad de la que surge y a la cual interpela y transforma de modo radical, a partir de la inserción del género en los espacios resguardados del poder masculino.

El poder de la abyección como mecanismo resignificador y como límite de lo representable reaparece en el estudio de Dianna Niebylski dedicado a *Sólo los elefantes encuentran mandrágora*, de Armonía Somers. Para Niebylski, lo abyecto es, como enseña Julia Kristeva, más que una frontera o un borde, una condición ambigua, que lejos de liberar al sujeto lo mantiene en una situación de constante indefinición y precariedad. Por así decirlo, la abyección le otorga al sujeto un *modo de ser* provisional, encabalgado entre varias naturalezas y diversos estados intermedios, todos ellos en esencia impuros, múltiples, incompletos. Para Niebylski —como para las demás autoras que utilizan esa categoría en los estudios incluidos en este libro— la representación de lo abyecto constituye una estrategia de resistencia por contaminación, una intervención de los imaginarios (fa)logocéntricos de la modernidad eurocentrista y patriarcal, una práctica polifónica o, quizá, sobre todo, “cacofónica,” que introduce un *ruido* en la máquina significativa de la racionalidad ilustrada y en los imaginarios nacionales.

En otra torsión del vínculo entre nacionalismo y corporalidad, Sylvia Molloy explora en contrapunto la diseminación de los restos de Perito Moreno en el territorio patrio, y el simbolismo del híbrido grotesco de “La sirena” en el cuento de Carlos Octavio Bunge. En ambos casos, el cuerpo es un significativo polisémico que remite a los valores asignados a la noción de *lo nacional* como lugar de pertenencia y asiento identitario. En el primer caso, las cenizas del científico esparcidas sobre la Patagonia exponen paradigmáticamente el vínculo conocimiento/virilidad/territorio; en el segundo caso, la imagen icónica de la mujer-pezuña remite a la naturaleza inapresable de las identidades y la escurridiza condición de *lo femenino* representado como alteridad y exceso.

En todos estos casos, cuerpo y territorio, género y nación, se presentan a través de articulaciones que violentan la continuidad asumida entre patria, conocimiento y poder masculino. La monstruosidad, la representación escatológica o mitificadora, la deshumanización, el grotesco, la enajenación, el travestismo, operan como dispositivos des-naturalizantes, que intentan llamar la atención sobre modos alternativos de conocer y de representar. Funcionan, así, como interruptores de los discursos oficiales; imponen un lenguaje de imágenes, una retórica de signos ya no sólo lingüísticos sino también visuales, preformativos, discursivos en un sentido amplio, que desafía el gran relato nacionalista interrogando acerca de sus límites, de sus niveles de tolerancia y de sus estrategias de legitimación. De esta manera, la literatura y las prácticas vinculadas a la representación de la mujer son percibidas en la crítica que reúne este volumen como lugares problemáticos en el mejor sentido de la palabra: como espacios que lejos de la fácil armonización que encubre los antagonismos reales, proponen la visualización de posicionamientos encontrados que se conectan con zonas de experiencia y de conocimiento diversas y con frecuencia enfrentadas en la lucha por el poder representacional.

## 2. Lo que cabe en la voz y lo que el silencio calla. Género y lenguaje

Desde Sor Juana sabemos que la alternativa *decir/callar* generalmente asociada con la escritura de mujeres es por demás engañosa, ya que hay formas de pronunciamiento que están presentes aún en ausencia de la palabra, y lenguajes que no alcanzan a contener la pluralidad de significaciones que el silencio —como “treta del débil” (Ludmer 1985)— trasmite, a veces, a la perfección. También sabemos que conocimiento y comunicación no siempre se articulan en una alianza productiva, sino que pueden estar interferidos por los mecanismos de la (auto) censura o por la clausura de espacios de socialización. Es interesante notar la insistencia con que el tema del silencio se reitera en los textos literarios y críticos que convoca este libro. El *no sabe/no dice* parece una etiqueta que se adhiere a la constitución del discurso femenino, de una u otra manera, en todas las épocas. Teresa Porzecanski lo analiza en relación con el mito de un matriarcado extinguido asociado al uso de la palabra, en una alianza discurso/poder que se prolonga, con variantes, a través de las épocas. A la pérdida del poder corresponde la marginación del saber. Subalternización y secreto también se relacionan íntimamente en las relaciones de género. El “estilo femenino” —el “feminolecto” de que habla Porzecanski— apunta a lo indirecto, reticente, discreto, dubitativo, banal. De ahí que la exclu-

sión de la mujer se vincule de manera tan estrecha a cuestiones lingüísticas, ya que es justamente en la esfera del lenguaje —en los tránsitos sígnicos que expresan y negocian formas diversas de conocer y de representar la realidad— que se expresan la disidencia, la subversión de códigos, la transgresión de límites o, en su defecto, la conformidad, el mimetismo, la complicidad.

En su estudio sobre Antígona, Judith Butler entra en estas zonas de insurgencia del género y sus “relaciones peligrosas” y con frecuencia equívocas con el poder y la comunidad. En su opinión, Antígona —sujeto post-edípico, ícono del valor desafiante y sacrificial del discurso de la mujer—, *ocupa* más que *usa* una lengua que nunca termina por pertenecerle del todo. Su discurso funciona entonces, revulsivamente, como un quiasmo que interrumpe el vocabulario de las normas políticas<sup>3</sup>. En su *performance* del género, en su apropiación de la lengua, Antígona desafía el *afuera constitutivo* sobre el que el poder se define por medio del autoritarismo y la exclusión. Pero Butler también se pregunta por los límites de ese proyecto y por las posibilidades de que la beligerancia ideológica o genérica resulte co-optada por el aparato dominante y sus retóricas de legitimación. Ese movimiento paradójico de rechazo y asimilación que es inherente a la apropiación del lenguaje y la retórica hegemónicas plantea una de las principales tensiones que atraviesan la cuestión del género y los procesos de representación del sujeto *mujer* en distintos contextos históricos y en diversos registros disciplinarios. Varios de los estudios incluidos en este libro se acercan a esta disyuntiva, y a la relación problemática entre el discurso de la mujer, sus relaciones con la comunidad y el poder político-cultural que la organiza.

Nelly Richard analiza el mercado creado por el testimonialismo y las narrativas biográfico-confesionales, que inscriben lo particular-individual en el espacio público. Richard advierte contra la “espectacularización de lo íntimo” y contra la tentación de atribuir a cualquier narrativa testimonial un valor necesariamente contracultural y antihegemónico. El *no saber/no decir* asociado a la marginalidad de género adquiere, entonces, distinto signo según el proyecto político al que se asocie el discurso de la mujer, que no por ser tal es automáticamente emancipador o denunciatorio.

Pero, ¿qué sucede cuando el intercambio sígnico compromete, además, códigos múltiples, culturas dominantes y dominadas, sujetos hibridizados a

<sup>3</sup> “She speaks within the language or entitlement from which she is excluded, participating in the language of the claim with which no final identification is possible [...] And to the extent that she occupies the language that can never belong to her, she functions as a chiasm within the vocabulary of political norms” (Butler 2000: 82).

consecuencia de procesos de reterritorialización, biculturalismo, etc.? Doris Sommer analiza la relación entre la formación de subjetividades y el uso del lenguaje teniendo en cuenta las dimensiones socio-culturales del bilingüismo. Éste opera como una migración constante entre sistemas de signos y como un desafío al monopolio lingüístico que se ejerce desde las culturas dominantes en distintos contextos. La alternancia de códigos lingüísticos como experiencia *queer*, de ajenidad y extrañamiento, muestra la falta de pertenencia total a una cultura, el excedente de aquello que –como *lo femenino*– no cabe en el *uno* que supone la identidad moderna, sino que compromete aspectos múltiples que se conjugan a nivel subjetivo: implica *suplemento*, fisura, máscara, resignificación.

El elemento lingüístico y retórico –saber decir, no decir lo que se sabe, etc.– implica no sólo la vivencia y experiencia del habla y la escritura. Conlleva también actos dramáticos, preformativos, donde el silencio, la polifonía, y las formas inestables que resultan de los cambios de código lingüístico van dejando al descubierto nuevas posiciones de sujeto que traen aparejadas formas cognoscitivas *diferenciadas* provenientes de diversas zonas de experiencia social.

### 3. Modernidades, globalización, género y poder

Finalmente, los trabajos que reúne este libro ofrecen una reflexión colectiva, en diversos registros, sobre las modificaciones de la función intelectual (representacional, interpretativa) en sociedades impactadas por la transformación modernizadora y más recientemente por la impronta de la globalidad. En relación con el problema del género, el tema de la exclusión ocupa buena parte de los estudios aquí presentados. La marginación de la escritora como figura representativa de un contra-imaginario –un contra-canon– que fisura los protocolos de la cultura nacional, como analizan Elzbieta Skłodowska, Tatiana Oroño y María Rosa Olivera-Williams, introduce una zona de conflicto y ruptura en la organicidad de la cultura. Los fenómenos de invisibilización de autoras como Dulce María Loynaz, en Cuba, o de la uruguaya Selva Márquez, por ejemplo, demuestran a un tiempo la impenetrabilidad relativa del espacio intelectual y las estrategias que resultan de la necesidad de sobrellevar y superar los límites de la hegemonía cultural ejercida a partir de sistemas vinculados al patriarcalismo cultural y político. Los temas de cuerpo y lenguaje, analizados antes, se articulan en el mito que sirve de base a *El sueño de Úrsula* de María Negroni, analizado por Olivera-Williams, donde también se anudan leyenda clásica y modernidad, para hacer de la

mujer el *locus* alegórico desde el cual repensar proyectos emancipatorios e incluyentes. La dialéctica entre *enclaustramiento* y *transgresión* a que se refiere Elzbieta Sklodowska en relación con la escritora cubana se registra también en los demás textos tratados en los artículos que reúne *El salto de Minerva*. Es aludida, por ejemplo, en la noción de “cautiverio identitario” de que habla Tatiana Oroño al contraponer disciplinamiento e intimidad, espacios públicos y recinto doméstico, tiempo cautivo y deseo liberador en ocasión de su estudio sobre la escritura de Selva Márquez. Pero en general esa dialéctica de cerramiento y transgresión, borradura y re-inscripción caracteriza toda la historia de subalternización de la mujer, y su búsqueda constante de aperturas y participación en todos los niveles de la vida civil.

Como demuestran los trabajos aludidos, la categoría de sujeto, cultural y teóricamente articulada al surgimiento y avance de la modernidad, se va modificando históricamente, y con ella los imaginarios en los que sectores sociales relegados por las culturas dominantes han logrado permanecer y desarrollarse, empujando los límites de los sistemas imperantes hasta asegurar espacios cada vez más amplios de expresión cultural y acción social. Los fenómenos de globalización a los que se refieren Mary Louise Pratt y Jean Franco, y a los que aludo en mi propio trabajo, hablan ya no sólo de *zonas de exclusión* sino también de *dinámicas de expansión* tanto de las categorías que dieron asiento en la modernidad a los procesos identitarios (nociones de territorialidad, lengua materna, ciudadanía, etc.) como de los posicionamientos epistemológicos mismos desde los que se piensa la experiencia social y sus formas de representación simbólica. Si la globalidad expande e interconecta espacios económicos y culturales en sentido amplio, también es cierto que reconfigura la concepción y prácticas de la hegemonía, creando nuevas formas de marginación que requieren formas actualizadas de conocimiento y acción. Cuando Jean Franco se refiere a los traumas históricos que atraviesan a América Latina llama la atención sobre fracturas que han marcado a fuego la percepción, la imaginación y la memoria cultural de sociedades que deben aprender nuevas formas de inserción en un mundo globalizado. En éste, dramas locales vinculados a la desigualdad social, el autoritarismo político y el intervencionismo transnacional coexisten con las dinámicas de integración global, y que requieren respuestas que al mismo tiempo abarquen y superen la visión regional. Mary Louise Pratt habla de “imaginarios planetarios” que exploran nuevas formas de conocimiento para llegar a entender y contrarrestar el carácter *superfluo* que se asigna a sectores sociales no articulados al orden global de producción y consumo. Mi propio trabajo sugiere la necesidad de re-politizar el pensamiento crítico, haciendo de la cuestión del género uno de los ejes a partir de los cuales

pueda elaborarse en los tiempos que corren un “nosotros” inclusivo capaz de dialogar horizontalmente con otras agendas y agentes de cambio tanto a nivel local como transnacional.

La especificidad que se reclama en el tratamiento de la cuestión del género no deriva, entonces, de la búsqueda de una sustancia subjetiva peculiar, privativa de la condición de *mujer*. Se refiere, más bien, al reconocimiento de formas diferenciadas de experiencia social que han condicionado, en gran medida, la articulación cultural de la mujer en sus distintos espacios de actuación, desde los usos del lenguaje hasta la apropiación de tradiciones, archivos culturales y estrategias representacionales que marcan el acceso y consumo de *lo simbólico*. Los estudios de género no deberían tender, entonces, al reforzamiento de las nociones de feminidad o masculinidad, ni siquiera a su flexibilización relativa, con miras a adaptarlas a las necesidades de los nuevos tiempos, sino más bien encaminarse a la superación de sus limitaciones restrictivas y esencializantes, recordando que se trata de constructos que derivan de la organización patriarcal de la sociedad y del conocimiento, no de cualidades estables y auto-legitimadas.

En esta dirección, este libro no intenta, entonces, impulsar una sola metodología o marcar una agenda específica para los estudios de género, ni sugerir o estimular conclusiones generales. Se propone, más bien, poner a dialogar prácticas y escrituras, teorías y críticas de distintos contextos culturales y plantear preguntas contingentes, específicas, provisionales, que permitan rescatar la particularidad de las *posiciones de producción y de lectura* de textos que remiten, a su vez, a realidades diferenciadas, cambiantes y plurales.

## Bibliografía

- BUTLER, Judith (1990): *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*. London/New York: Routledge.
- (2000): *Antigone's Claim. Kinship Between Life and Death*. New York: Columbia UP.
- DORE, Elizabeth (ed.) (1997): *Gender Politics in Latin America*, New York: Monthly Review Press.
- FEMENÍAS, María Luisa (2000): *Sobre sujeto y género. Lecturas feministas desde Beauvoir a Butler*. Buenos Aires: Catálogos.
- LUDMER, Josefina (1985): “Las tretas del débil”. En: Patricia Elena González y Eliana Ortega (eds.), *La sartén por el mango. Encuentro de escritoras latinoamericanas*. Río Piedras: Ediciones Huracán, 47-54.
- MOI, Toril (1985): *Sexual Textual Politics: Feminist Literary Theory*. London/New York: Routledge.

PATEMAN, Carol (1985): *El contrato sexual*. Barcelona: Anthropos.

PRATT, Mary Louise (1990): "Women, Literature, and National Brotherhood". En: Emilie Bergmann, Janet Greenberg, Gwen Kirkpatrick *et al.*, *Women, Culture, and Politics in Latin America. Seminar on Feminism and Culture in Latin America*. Berkeley/Los Angeles: University of California Press, 48-73.

— (2002): "Tres incendios y dos mujeres extraviadas: el imaginario novelístico frente al nuevo contrato social". En: Mabel Moraña (ed.), *Espacio urbano, comunicación y violencia en América Latina*. Pittsburgh: IILI, Serie Tres Ríos, 91-105.